

VIVIR LA PASCUA



Capítulo 1º Introducción y consejos prácticos. Domingo de pasión (Ramos)

Para situarnos de cara a la semana santa os invito a dejarnos nutrir por tres manantiales que desarrollaremos en el siguiente capítulo: la Palabra de Dios (Biblia), la Tradición y la Realidad. Usaremos al mismo tiempo estas tres fuentes para tratar de encontrar un poco de luz, de manera que podamos sumergirnos en la semana santa, viviendo con Jesús la experiencia del AMOR FRATERNAL, de la PASIÓN Y MUERTE y de la RESURRECCIÓN.

Dividimos este material en siete capítulos, uno por cada día de la semana santa. Recomendamos leer cada capítulo en el día que se indica, usando para ello algún momento del día. No son textos largos, pero sí requieren cierta concentración, silencio y espíritu de reflexión y oración.

Ofrecemos también algunos consejos prácticos. Sería bueno que cada uno se hiciera un pequeño programa para esta semana santa, teniendo en cuenta sus circunstancias. Por si sirve de ayuda, presentamos algunas sugerencias para que sean valoradas y tenidas en cuenta. También invito a todos aquellos que accedan a esta información a que compartan otras sugerencias, de manera que podamos compartirlos entre todos. En los links que hay más abajo se recomiendan algunas páginas webs que pueden ayudaros en este tiempo.

Ahí van, en primer lugar, algunos consejos:

- Diseñar un plan para cada día, reservando unos espacios y lugares para el silencio y la oración, a ser posible con alguien de la familia que comparta la misma fe o quiera iniciarse en ella.
- Reservar cada día dos o tres espacios de unos 20 minutos para orar y meditar sobre la pascua. Tratar de encontrar un espacio tranquilo y decorarlo con un ambiente espiritual y religioso. Puede servir una cruz, una biblia, una vela, incienso u otro aroma, luz tenue... etc.
- Conviene que evitemos ver procesiones. Echar de menos las cosas que nos gustan puede ser un buen ayuno y nos puede ayudar a purificar la experiencia nuclear.
- Preparar una buena comida el jueves santo, pues no es día de ayuno, sino de fiesta. Ponerse ese día un vestido de fiesta, aunque no se salga de casa. Bendecir la mesa dando gracias a Dios por los alimentos.
- Llamar por teléfono al sacerdote de nuestra parroquia el jueves santo y felicitarle; ese día se celebra la fundación del sacramento del orden y los sacerdotes renuevan las promesas que hicieron cuando fueron ordenados. También se les puede poner un email o enviar un mensaje por el móvil.

- El viernes santo se puede rezar un vía crucis. En internet se pueden encontrar infinita de ellos. También podemos buscar imágenes actuales que reflejen las 14 estaciones. Esto puede ayudar a comprender que la pasión de Cristo sigue ocurriendo hoy en las tragedias de la vida. El objetivo es celebrar la vida, no la muerte. El vía crucis se puede hacer en casa.
- Escoger algunas de las lecturas de la vigilia de pascua (también se pueden encontrar en internet). Estas lecturas son un verdadero recorrido por la historia de la salvación y nos ayudan a experimentar cómo Dios camina con nosotros.
- Construir un pequeño cirio pascual para nuestra familia, decorando alguna vela que tengamos en casa o bien comprándola. Encender esa vela en la madrugada del sábado santo al domingo de resurrección o usar ese pequeño cirio en la vigilia pascual de sábado santo por la noche.
- Siempre es bueno tener la biblia a mano y leerla despacio. Durante la semana santa puede ser bueno leer la pasión de Jesús, recomendando la de san Mateo o la de san Juan.
- Si la condición económica lo permite hacer un pequeño donativo para la Iglesia.
- Si la situación física lo permite, ayunar el viernes santo de una comida y explicar en casa por qué se hace.
- A quien le guste el arte, aprovechar para disfrutar de alguna obra artística religiosa, como escuchar la pasión según san Mateo de Bach, ver una película sobre Jesucristo...etc.

ENLACES PRÁCTICOS.

Para encontrar las lecturas de la Palabra de Dios de cada día:

<http://www.servicioskoinonia.org/biblico/calendario/>

Para rezar un vía crucis on line con textos de santa Teresa:

https://www.youtube.com/watch?v=4pQT_VpCB1Q

Para entender la semana santa

<https://www.youtube.com/watch?v=MuxcT8KR1EI>

Para entender la vigilia pascual y el tiempo de pascua

<https://www.youtube.com/watch?v=6jBHziAPJnY>



Capítulo 2º Tres fuentes de nuestra fe. Lunes santo.

Se dice del cristianismo que es una religión revelada. Ello significa que la fe no es algo que surge del propio creyente, sino que le viene dada como una llamada (vocación) a través de una experiencia que le desborda. En este sentido, la fe no es tanto la certeza de la existencia de Dios como la experiencia espiritual de sentirse digno de su confianza.

¿Cómo podemos experimentar que Dios nos llama? Los cristianos tenemos tres fuentes principales donde experimentamos la llamada de la fe: **La Palabra de Dios** (la biblia), **la Tradición** (tanto oral como escrita) y **la Realidad**. Estos tres manantiales, por los que el Misterio sagrado accede a nosotros, son en realidad uno sólo. Puede existir tensión entre ellos, pero nunca contradicción. Por ejemplo: cuando la realidad parece desmentir los mitos de la creación del hombre, las tradiciones orales y escritas (incluida la Biblia) han de dejarse purificar por la ciencia (esfuerzo intelectual por conocer la realidad) para transmitir lo esencial de lo que quieren decir, despojándose del ropaje con el que lo dicen.

Pero la realidad científica, incluso cuando entra en conflicto con la fe, no debería situarse de forma antagónica a ella, sino complementaria. También las tradiciones escritas y orales encierran verdades misteriosas que pueden iluminar y purificar a la ciencia para que ésta no sucumba a la soberbia de creerse la única intérprete legítima de la realidad, porque la verdad también desborda siempre las herramientas con las que la ciencia trata de acercarse a ella.

Decir esto es muy importante para situarnos de forma correcta de cara a interpretar el drama por el que están pasando muchos países en el mundo y por los peligros reales que acechan a la humanidad.

Tratamos de pasar esta semana santa no sólo apoyados en lo que la Biblia nos cuenta sobre la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, ni tampoco sólo con lo que la Tradición de la Iglesia nos enseña sobre ella, sino también dejándonos interpelar por la vida que trata de abrirse paso hoy en medio del sufrimiento (pasión) de tantas personas, de las tragedias de todo tipo y también de la resurrección y el renacer de nuestro mundo.

Tratemos de que esta semana santa no nos deje igual que cuando entremos en ella y preparémonos para ese hombre nuevo y mundo nuevo que está naciendo entre dolores de parto.



Capítulo 3º Acercándonos a la realidad del mal.

Martes santo.

Lo primero que hay que decir es que nada de lo que está pasando es nuevo para la humanidad, aunque lo sea para nosotros. Toda crisis, por muy dura que pueda ser, es una crisis más, no la última. Es decir, no estamos, ni mucho menos, afrontado el fin de la humanidad ni estamos viviendo el apocalipsis. Convendría tener esto claro para no dejarnos arrastrar por las fake news o las posturas radicales que encuentran en el caos actual el mejor caldo de cultivo para sembrar sus alocadas teorías.

La realidad provoca que el ser humano siempre se pregunte sobre el origen de las desgracias que lo han asolado. Cuando los creyentes hablamos de ello, lo hacemos a veces de forma mitológica. Unas veces han sido inundaciones, como el diluvio universal; otras plagas, como las de Egipto; en no pocas ocasiones hemos provocado guerras o sufrido desastres naturales y enfermedades. La Biblia está llena de estas experiencias, ofreciendo tantas interpretaciones de las mismas como puede haber hoy en día.

En realidad, la Biblia no trata de dar una explicación científica a los desastres naturales o a las calamidades, sino ponerlas encima de la mesa, hacerlas visibles para que ante ellas el ser humano **recapacite, se convierta y trate de volver a su lugar** en la creación. Ese lugar no está ocupado por las criaturas, sino por el Creador que, eso sí, quiere compartirlo con sus criaturas. Es ese deseo divino genera una armonía y un equilibrio real y espiritual. Pero ese equilibrio y armonía se rompe cuando las criaturas (nosotros), pretendemos expulsar a Dios del centro, quedándonos solos y suplantando su lugar. Reparar este error (lo que llamamos pecado original) supone asumir de nuevo nuestra vocación de custodios, guardianes o responsables de todo lo creado para que todo gire en armonía.

Pero si todo fue creado de forma tan “perfecta”, ¿Por qué existe el mal en el mundo? ¿Por qué una criatura tan pequeña y sin vida propia como un virus que salta del animal al hombre puede causar un caos de consecuencias universales? ¿Por qué los fenómenos naturales a veces se tornan crueles y generan tanta destrucción? La Biblia ofrece muchas interpretaciones de las tragedias por las que la humanidad y el pueblo de Dios ha pasado. No tenemos por qué estar de acuerdo con todas ellas, por la sencilla razón de que son interpretaciones realizadas en contextos históricos diferentes a los nuestros, hechas desde culturas diferentes y con las herramientas y conocimientos diferentes, según cada época, contexto, cultura o tiempo.

Las tragedias recogidas en la Biblia tienen una intención fundamental: no esconder la realidad, sino ponerla ante nuestros ojos para que recapacitemos y cambiemos de vida, pues a menudo esas calamidades son consecuencia del mal camino de los hombres; y cuando no lo son, están ahí para purificarnos, recordándonos nuestra verdadera condición. Básicamente, los mitos del pecado original enseñan no un hecho histórico, sino una realidad clavada profundamente en el alma del ser humano.

El mal se produce por una desarmonía, es decir, por el abandono de la propia identidad, desplazándola hacia un espacio que no le corresponde. Así, cuando Adán y Eva pretenden ocupar el lugar de Dios sin asumir su condición, la consecuencia es la pérdida del paraíso, de la cercanía y armonía con Dios y con todo lo creado. De repente, el pecado provoca que el ser humano se encuentre fuera del espacio para el que fue creado, errante, desorientado, perdido. La vida del creyente consiste entonces en una vuelta a casa, como un hijo pródigo.

Somos seres muy pequeños y débiles en medio de un universo hostil en permanente movimiento. Nuestra vida es como una barca a la deriva en medio de una tempestad en alta mar. Somos parte de un dinamismo creativo en el que hay fuerzas ambivalentes, que construyen y destruyen a la vez. Fuerzas que viven tanto dentro como fuera de nosotros. El ser humano no está fuera de ese dinamismo cósmico, sino sumergido de lleno en él. El ser humano está llamado a tratar de vivir en armonía con ese dinamismo, colaborando en que su caudal de fuerza construya en lugar de destruir, unifique en lugar de dividir y sane en lugar de herir.

En este sentido, la creación no es una obra terminada, sino a penas iniciada. Nosotros estamos convocados por Dios a ser sujetos activos en esa creación, no objetos pasivos incapaces de alterar lo más mínimo la realidad, abandonados al agur de sus caprichosos besos o letales golpes.

Hay una experiencia nuclear, un paradigma básico que inspira este proceso dinámico de creación universal, a veces destructiva y otra sanadora. Hay religiones, como el hinduismo, que han creado dioses para dar forma a este proceso de creación, destrucción y reconstrucción (Brahmá, Vishnu y Shiva). El cristianismo habla en su credo de una creación, pero no como algo del pasado, sino del presente. Hemos de tomar conciencia de que los dramas y catástrofes de la vida no son más que una expresión de la lucha entre una dinámica diabólica (separadora) que destruye por fuera y por dentro, y otra dinámica reparadora, sanadora, vivificadora.

No nos es difícil descubrir en este mundo las dinámicas diabólicas. Con Jesucristo hemos de aprender a hacer frente a ellas, no negándolas, sino entrando en su juego, bajando a los infiernos en los que tantas personas o nosotros mismos vivimos, para desde allí dejarnos elevar por Cristo resucitado a una vida nueva.

Capítulo 4º La pascua.

Dios pasa llamando a caminar con él.

Miércoles santo.

La pascua es la conmemoración del **PASO de Dios por la creación para redimirla, repararla y renovarla desde dentro**, de manera que vuelva a ser aquello para lo que fue creada. Esta expresión (“**paso**”) ha quedado plasmada incluso en las imágenes sagradas de las procesiones de la semana santa, llamadas también en algunos lugares “pasos”. Como el nombre indica, **hablamos de una experiencia dinámica** a la que estamos invitados a unirnos, no como espectadores pasivos que contemplan un hermoso espectáculo, sino como discípulos activos que caminan detrás de Jesús para pasar como él por la vida haciendo el bien.

Este pasar de Dios es **toda una sacudida interior**. A algunos los saca de sus casillas hasta llegar a matar, pero a otros les motiva de tal manera que serán capaces de dar la vida por compartir esta experiencia. Una vez en el camino es imposible abandonarlo sin traicionarse a sí mismo. En la semana santa **celebramos básicamente tres hitos** sobre los que gira el misterio de la pascua: **la cena del Señor, su pasión y muerte, y su resurrección**. Sin duda son acontecimientos nucleares sin los que no podríamos explicar nuestra fe. Pero hemos de tener claro, que **no son acontecimientos aislados en la vida de Jesús**, sino el culmen de la misma y el inicio de una vida nueva a través de su Espíritu, que es quien hoy alienta a nuestro pueblo, su Iglesia.

Nosotros **celebramos** estos acontecimientos el jueves, viernes y sábado santo en la madrugada al domingo. A estos tres días especiales en la semana santa los denominamos **el “triduo pascual”**. Son tres días, pero **una única celebración**: la celebración del triunfo de la vida sobre la muerte. Aun siendo este tiempo el centro del calendario litúrgico, no se entiende sin el resto del año, de la misma forma que la pasión, muerte y resurrección de Cristo no se entienden sin su vida completa.

El jueves santo es el momento de celebrar **el amor fraterno** y la expresión de ese amor en una comida fraternal en la que sentimos que Cristo está realmente con nosotros. **El viernes santo** tomamos conciencia de que **ese amor no es romántico**, sino real, tan real que **exige sacrificio**. Amar de verdad supone sacrificarse, negarse a sí mismo dándose completamente a la persona amada, porque quien no está dispuesto a subir a esa cruz es que no ama realmente. Pero el cristianismo **no profesa un amor masoquista**, sino esperanzado. **Amamos para vivir, no para morir**. La cruz y la muerte son **un paso inevitable** para quien quiere vivir de verdad, **no adormecido por las drogas y distracciones artificiales que terminan esclavizando**, sino plenamente consciente de la alegría de sentirse vivo. Así, **en la vigilia de pascua y el domingo de resurrección celebramos el triunfo de la vida**, aquí y en el más allá.

Capítulo 5° La cena del Señor. El inicio de la liberación. Jueves santo.

Jesús vivió esta experiencia del paso de Dios como buen judío. Aún hoy los judíos siguen celebrando la pascua en la primera luna llena de la primavera, conmemorando un acontecimiento histórico que supuso su toma de identidad como pueblo: La salida de Egipto y el camino hacia la tierra que Dios les había prometido (hoy Palestina, o Israel). En esa conmemoración el pueblo judío celebra una cena familiar en la que sacrifican un cordero, comen alimentos que aluden a aquel acontecimiento y beben copas de vino a la vez que recitan salmos y recuerdan las obras grandes que Dios ha hecho con ellos a lo largo de su historia.

La pascua judía es un modelo para todo proceso liberador. Jesús quiso que su mensaje quedara cimentado sobre esta experiencia, pero dotándola de un sentido nuevo. Lo que Jesús siente en su vida es que está llamado a pasar por el mundo salvando a la humanidad como Dios, su Padre, quiere. No se trata de una liberación externa, política, sino sobre todo de una liberación interior, espiritual y radical, en el sentido de que acontece desde la raíz de nuestro ser.

A Jesús no le basta con sacudirse el yugo del poder Romano; no le basta con liberar a los enfermos de la carga de la enfermedad o a los hambrientos y sedientos de su pobreza... Jesús quiere salvar al ser humano en su totalidad. Por ello toda su lucha contra el mal tiene como objetivo liberar de la raíz de ese mal. A esa raíz, nosotros le llamamos pecado, experiencia en la que profundizaremos mañana. La pascua que Jesús va descubriendo no está circunscrita sólo a la primera luna llena de primavera. Desborda un ritual de liberación política para alcanzar a los más profundo del ser humano. Jesús convierte su vida en una pascua permanente, desde la encarnación (momento en el que entra en nuestra historia gracias a María, la nueva Eva), hasta el sepulcro vacío, pasando por el cenáculo o reunión fraterna de amistad verdadera.

En el Antiguo Testamento Dios siempre aparece como el que salva desde arriba, pero también como el que provoca o al menos permite el sufrimiento, que sería el castigo por los pecados del pueblo. Esta visión (repito, del antiguo testamento) sigue impresa en el corazón de muchas personas, incluso en no pocos cristianos. Hay personas para las que el sufrimiento es un castigo divino por los males y los pecados propios y de la humanidad. Para otras, es la prueba de que Dios no puede existir.

Pero lo que Jesús nos enseña, con sus palabras y con su vida, es que Dios es Padre que espera para perdonar, no que busca para castigar. Esta experiencia del amor de Dios es tan grande en él, que todo su ser queda lleno de sentido por esta llamada hasta el punto de saberse Hijo de Dios y por ello, dador del aliento de vida que recibe de su "Padre". Jesús no experimenta a Dios como alguien ajeno a su vida, sino como alguien que forma parte de él, que es UNO con él. Tal vez es a esa unidad armónica de Jesús con el Padre es a lo que llamamos Espíritu Santo.

Jesús comprende que no basta con inspirar profetas, reyes o sacerdotes, como ocurría en el antiguo testamento, para que hacer pasar el pueblo de la esclavitud del pecado a la libertad. Dios mismo ha de implicarse en esta historia haciéndose carne, compañero de camino y compartiendo con la humanidad absolutamente todas sus miserias para, desde ellas, elevar de nuevo a la humanidad al lugar que le corresponde.



Capítulo 6° Pecado y muerte. Viernes santo.

El pecado es mucho más que la transgresión de una norma. Pecado es todo aquello que desdibuja nuestra identidad pretendiendo hacernos creer que podemos ser lo que no somos. A veces, buscando ser lo que no somos, nos valemos de todo tipo de argucias y artificios, tanto a nivel personal como social. En no pocas ocasiones esas argucias suponen una ruptura de la armonía, con nosotros mismos, con la naturaleza, con el prójimo y con Dios. Cuando esa armonía se rompe, sobreviene el sufrimiento, bien sea moral o físico. Hoy vivimos ese sufrimiento en forma crisis política o de enfrentamientos entre países, pero no son los únicos sufrimientos; no podemos olvidar las guerras, sequías o migraciones que provocan tanta muerte y sufrimiento innecesario.

El egoísmo, el consumismo compulsivo, el hedonismo, la indiferencia ante el hermano que sufre... todo ello lleva a la humanidad a situaciones tan tensas que muchas veces la creación cruje y se rompe llevándose por delante todo lo que puede. Hoy, muchos países desarrollados están probando la amarga medicina que han hecho beber, aunque sea indirectamente, a tantos pueblos. Por ejemplo, la pandemia del corona virus fue todo un baño de realidad, un grito de la naturaleza para que volvamos a la humildad original y dejemos de una vez la altanería y el orgullo de creernos dueños y no servidores de la creación.

Adán y Evan quisieron ocupar el centro y acabaron fuera de la armonía de la creación. Dios busca en Jesucristo restituir esa tragedia, yendo a las afueras, bajando a los infiernos, llegando hasta lo más bajo que se pueda llegar para, desde ahí, empujar la humanidad al lugar que le corresponde, junto a Dios, en comunión con Él y con toda la creación.

A Jesús no lo matan por casualidad. Hay toda una historia detrás de lucha profética por la verdad y la justicia. Jesús no es un pobre infeliz al que le quitan la vida, sino alguien que conscientemente decide entregarla en favor de todos, como el cordero sacrificado en la pascua judía para que su sangre perdonara los pecados del pueblo. Jesús muere como vive, amando, sanando, proclamando la verdad, intercediendo, perdonando... Esta muerte va más allá de una muerte meramente física. Lo que tratan de matar con Jesús son todas sus obras y palabras. Se trata de que toda su enseñanza fuera sepultada con él para siempre. El mal no sólo busca un triunfo material, sino sobre todo espiritual. El objetivo de fondo es la ruptura, la división, la disolución de todo aquello que Jesús había ido forjando durante sus años de enseñanza. Si en el viernes santo celebramos la muerte de Cristo y su descenso al infierno, debemos tomar conciencia de que este acontecimiento no supone, como a simple vista parece, el triunfo del mal, sino el inicio de la salvación. Podemos pensar que replegarnos ante el mal es una derrota, pero no lo es. Al igual que del infierno Jesús salió salvando a lo que cayeron en él y aceptaron su perdón, de las consecuencias de nuestros pecados saldremos como criaturas nuevas, dispuestos a reconstruir una nueva sociedad si nos dejamos tocar por el Señor.

Capítulo 7° El triunfo de la vida.

Madrugada del Sábado santo al Domingo de resurrección.

Nuestra fe nos dice que Jesús resucitó, que está vivo y presente a través de su Espíritu. Creemos que la muerte no pudo con la vida, que el mal no tiene la última palabra. Creemos en la resurrección de los muertos, es decir, que la vida es mucho más que la vida orgánica y material de la que disfrutamos. No negamos la vida material, por eso hablamos de resurrección de la carne, pero confiamos en que su caducidad y límites son renovados con la resurrección de Cristo. Y creemos que el garante de que eso sea así es Dios, quien se hizo hombre para derrotar la muerte en su mismo terreno, bajando a los infiernos, asumiendo lo humano hasta el extremo para que nadie pueda decir jamás que Dios lo ha abandonado. Sólo se condena quien se niega al abrazo de Dios en el infierno de su vida. El perdón y la salvación están a disposición de todo aquel que acoja el abrazo del Dios vivo.

Para los cristianos existe una vida eterna que no sólo está más allá de esta, como si fuera una segunda parte interminable de este mundo. La vida eterna desborda esta, la que tenemos ahora, pro la incluye; es posible experimentarla aquí y ahora. La liberación no espera un mañana, sino que exige un comienzo en nuestro momento presente. La salvación no es aplazable; por ello el mal siempre trata de cercenarla.

El cristiano aprende así a vivir en una esperanza activa, no resignado ante el mal y el pecado, sino comprometido en la lucha para salir del pozo, aunque todos digan que no hay salida. El cristiano que sabe y siente que Dios está vivo, no cede ante el pecado, la enfermedad o la muerte, sino que le hace frente en toda circunstancia. A veces dando gracias por los bienes recibidos; otras, retorcido de dolor o pena como Cristo en la cruz; otras desde el silencio del viernes santo; otras desde el grito de alegría de quien no sólo descubre que la tumba está vacía, sino que Jesús es la Epifanía (manifestación plena) de Dios en nuestras vidas.

Sin duda, los males que afrontamos no sólo nos ofrecen la experiencia de la cruz y de la muerte, sino también la oportunidad de encontrarnos con el Dios de la vida a través incluso del sufrimiento. Los fracasos y los límites de la vida ponen de manifiesto la debilidad de la condición humana. Pero no sólo de su condición física, sino también de sus valores. No son pocas, por desgracia, las personas egoístas o insolidarias, también los ignorantes que han acentuado el mal con sus procedimientos erróneos. Tenemos muchas razones para sentirnos abatidos, con miedo, incluso desesperanzados. Pero durante esta semana hemos tenido la oportunidad de darle la vuelta a la tortilla. La semana santa nos ha ofrecido una oportunidad maravillosa para llenar de sentido toda experiencia de cruz.

Hemos tratado en esta semana santa de descubrir que Dios camina con nosotros en todas y cada una de las personas que están involucradas en la superación de los males de este mundo. Podemos intentar adivinar quien es “María” en estos momentos al pie de tantas camas, ucis, situaciones dolorosas... O quien la “Magdalena” echando en falta al amigo; o la “Verónica” que quita el sudor al cristo maltratado, o el “José de Arimatea” que ofrece su tumba vacía, o quien el mismo Jesús amarrado a su cruz, o “Juan” al pie de la misma, o “Pedro” que llora impotente... podemos jugar a mirar la realidad desde la óptica de la pascua y descubriremos (si lo hacemos con corazón de oración y en silencio) que Dios está pasando por nuestras vidas, salvando y liberando. Si lo hacemos bien, esta semana santa habrá sido la mejor de nuestras vidas. Algo cambiará dentro de nosotros. Nos quedan otras muchas semanas santas por vivir, pero sin duda esta podría suponer un antes y un después en nuestra historia personal.

